

lencia del hijo mimado y consentido. Tengo veintiún años, soy un hombre y quiero hablar. Desde hoy, ha de cambiar usted de vida; desde hoy, dejará las relaciones de la tabernera, ó voy á su casa y le rompo los huesos; desde hoy, cuidará usted de la hacienda; desde hoy, ocupará mi madre otro cuarto mejor que el granero en que está; desde hoy, se tomará una criada, y Teresa no trabajará sobre sus fuerzas. Lucía cuidará de la casa, que, abandonada á la niña, se parece á una pocilga; en fin, desde hoy, esto será casa y no una cueva de gitanos.

Antonio, al hablar así, animado por el enojo y por el vino, se había ido enardecido hasta la cólera más violenta.

Como todos los hijos consentidos, se sublevaba contra su débil padre, que no había sabido inspirarle, con su conducta, el debido respeto, ni, con su ejemplo, la afición á la moderación y á la virtud.

—Veamos—dijo Juan Pedro con una calma que tenía mucho de amenazadora;—y si no hago nada de todo eso que te propones, ¿qué vas á hacer tú?

—Me iré de esta casa,—respondió resueltamente Antonio.

—¿Y á dónde?

—A ser soldado... ó á otra cosa peor.

—¿Y qué otra cosa es esa?

—A ser contrabandista.

—Pues ya puedes irte desde ahora, porque no te quiero más en casa: te arrojo de ella y te desheredo.

—No puede usted quitarme la parte de mi madre,—dijo Antonio rechinando los dientes.

—No la tendrás hasta después de mi muerte.

—Eso lo veremos.

—Lo veremos.

—¡Pues no faltaba más!

—Ahora vete.

—Mañana me iré.

—Ha de ser ahora mismo.

—Pues ahora no me voy.

Al oír esta contestación, Juan Pedro echó mano á un hacha de partir leña y la arrojó ciego de ira contra su hijo.

Este trató de huir el golpe; pero le alcanzó hiriéndole en la cabeza.

Antonio cayó bañado en su sangre.

Al ruido acudieron Lucía y la hija del herrero, y empezaron á dar gritos pidiendo socorro, y uniéndose á sus voces la de Teresa, que salió de su camaranchón más muerta que viva.

Antonio estaba, al parecer, inanimado.

A los gritos de las jóvenes acudieron los vecinos, le recogieron del suelo y le tendieron en su lecho; otros fueron á avisar al alcalde y al barbero, pues Cabañas no tenía por entonces médico en propiedad, y tenía que servirse, cuando lo necesitaba, del que había en otra villa cercana.

Cuando llegó la justicia, quiso buscar á Juan Pedro; pero fué en vano.

El labrador había desaparecido á favor del tumulto y de la confusión.

Lucía, que amaba á su hermano, se dedicó á cuidarle, pues la pobre Teresa no podía atender á tan arduos cuidados.

Al amanecer llegó el médico, á quien se había llamado, y declaró, después de un detenido reconocimiento, que la herida era peligrosa, pero no mortal.

En cuanto á la justicia, al oír este fallo, dijo que un padre puede castigar á su hijo cuando éste peca de inobediencia y rebeldía, y se retiró.

Al día siguiente, Juan Pedro, avisado por el alcalde, que era pariente suyo, volvió á su casa, seguro de que nadie le incomodaría; pero no entró á ver á su hijo, contentándose con preguntar á Lucía por su estado.

La joven respondió con una frialdad que demostraba su repugnancia: amaba á su hermano, y la crueldad de su padre le inspiraba una sorda aversión,

Todo lazo se había roto ya entre el padre y los hijos.

Una noche, Lucía se hallaba en el cuarto de su hermano.

Ardía sobre la mesa una vela con una pantalla de papel verde.

Teresa hacía calceta, sentada junto á ella, y

Lucía dormitaba sentada á la cabecera del lecho del herido.

Serían como las once.

Juan Pedro se hallaba en su cuarto.

De repente se oyó en la escalera que conducía á los sobrados un paso débil y vacilante como de una persona que bajaba.

Lucía se estremeció; se volvió á su hermana, y le preguntó:

—¿Dejaste cerrada la puerta del cuarto de madre?

—Como siempre,—respondió la niña.

—¿Le dejaste luz?

—Como me tienes mandado que la apague, así lo hice; yo también tengo miedo de que se quemé: por fortuna, hoy hace una luna tan clara, que ilumina todo su cuarto.

Al acabar de decir Teresa estas palabras, apareció en la puerta del aposento una figura fatídica. Era una mujer alta, flaca, y cuya cabeza cadavérica, con el pelo cortado al rape, tenía un poco de horrible.

Lucía dejó escapar un grito de horror y fué á ocultarse detrás del lecho de su hermano.

Teresa, la débil niña, se aproximó á la loca, le tomó la mano sin temor y le dijo con voz dulce:

—¡Madre mía!

—¿Estás aquí, ángel mío?—preguntó la loca.—Te venía buscando para que me digas quién se quejaba tanto esta mañana.

—Era mi hermano,—dijo Teresa, atrayendo á su madre hacia una silla y procurando hacerla sentar; pero Lorenza se resistió y preguntó:

—¿Tu hermano?

—Sí, madre.

—¿Es mi hijo?

—Sí.

—¿Mi Antonio?

—El mismo.

—¿Está enfermo?

—Sí, señora.

—¿Y dónde está, dónde?

—Allí, en la alcoba.

—Llévame á verle.

—¡No, no! ¡No la acerques!—exclamó Lucía.
—Tengo miedo.

—¿Miedo de madre?—dijo con sublime asombro Teresa.—Déjame que la complazca en su deseo de ver á nuestro hermano: puedes estar tranquila, porque mi voz le es conocida y le devuelve la calma.

—Verdad es—dijo la loca.—Tu voz, hija mía, es para mi oído una música divina, porque tú eres mi hija, mi Teresita, y esa voz que he oído ahí detrás de la cama, es la de Lucía: no estoy tan loca como pensáis y como vuestro padre quiere hacer creer; hoy estoy bastante bien, y os conozco á las dos; pero ¿dónde está Antonio?

—Aquí—dijo Teresa:—mírele usted.

Y la jorobadita mostró á Lorenza el joven que

estaba adormecido á causa de la debilidad ocasionada por la pérdida de la sangre.

La pobre madre se acercó y contempló ávidamente el semblante del herido; inclinóse hacia él, le miró algunos instantes y exclamó con el acento de la mayor ternura:

—¡Antonio!

El enfermo abrió los ojos; miró vagamente á su madre, pero sin reconocerla, y los volvió á cerrar.

—¡Sí, tú eres mi Antonio!—prosiguió Lorenza;—aquel Antonio que yo tenía y que era ya un hermoso muchacho alto y de magníficos ojos; tenías once años, y yo me acuerdo muy bien de que todas las madres me envidiaban al verte tan bueno y tan cariñoso... Y aquí está Lucía, que era pequeña aún, y ya sus largos cabellos, tan negros y tan hermosos, me costaban tanto trabajo de peinar. ¡Hijos míos! ¡mis queridos hijos! ¡Yo creí que vuestro padre os había muerto como á ella!

—¿Como á quién?—exclamó Lucía.

—¡Qué! ¿no sabes?...

—No...

—¡Como á mi madre!

—¿Qué dice?

—Él, él la mató. ¡Él fué quien la mató! ¡León le mordió el brazo! ¡Yo le ví la herida!

—¿Pero quién fué?—preguntó Lucía que temblaba.

—¡Tu padre! ¡Juan Pedro!

Al oír esta tremenda acusación, Antonio abrió de nuevo los ojos como espantado, y los fijó en la loca.

—¡Ahl ¿Es usted, madre mía?—exclamó.— ¿Soñaba? ¿Quién hablaba aquí del asesinato de mi abuela? ¿Quién la mató?

—Tu padre,—respondió Lorenza.

—¡Mi padre!

—Sí, tu padre fué, para robarle el dinero que pocos días antes había ganado en la lotería. Desde entonces está rico... que nosotros éramos muy pobres... pero ¡cuánto más vale que la riqueza una conciencia tranquila! El terror de vivir con el asesino de mi madre me ha quitado el juicio, aunque no siempre me falta.

—¿Pero cómo sabe usted eso, madre?—preguntó Lucía;—¿quién le ha dicho á usted que mi padre fué quien mató á mi abuela?

—¿Quién, hija mía? Tu abuela misma: vivía cerca de nuestra casa. Una noche, tu padre tardaba á venir, lo que no me parecía extraño, pues ya sabía que pasaba las noches en la taberna de la Braulia. Yo le esperaba llorando... dieron las doce, la una, las dos... tu padre no venía; yo estaba con mucha pena y me asomé á la ventana para oír el ruido de sus pasos: era invierno; la noche oscura... De repente, oí gritos ahogados que pedían socorro, y creí reconocer la voz de mi madre... á las voces se mezclaban los aullidos de un perro... era León. Vosotros dormíais los dos... Teresita, esta peque-

ña, se quedaba á dormir con su abuela, que la quería en extremo... se llamaba como ella... y se le parecía en todo... yo bajé desalada á la calle, corrí á la casa de mi madre y empujé la puerta... ésta cedió y entré... había luz en su cuarto... los gritos eran más distintos... subí... mi madre... vuestra abuela estaba ya mortalmente herida... vuestro padre tenía aún en la mano el cuchillo ensangrentado... mi madre murió aquella noche, y al día siguiente todo el pueblo se agrupaba á la puerta de la casa y se preguntaba quién era el ladrón y el asesino, porque toda la fortuna de vuestra abuela había sido robada.

Calló Lorenza, cuyo juicio, al menos en el tiempo que duró su narración, había conservado una completa lucidez: su pecho se levantaba con agitada respiración; sus mejillas estaban pálidas, y todos los músculos de su rostro temblaban agitados por una convulsión terrible.

En cuanto á sus hijos, los dos mayores habían escuchado su narración silenciosos é inmóviles, con la frente cubierta de palidez.

Cuando Lorenza acabó de hablar, permanecieron algunos instantes callados.

Antonio fué el primero que tomó la palabra.

—¡De modo—dijo,—que la fortuna de mi abuela se la quedó mi padre!

—Sí, hijo mío—respondió la loca:—tu padre la tiene. Desde entonces nuestra casa, pobre antes, empezó á prosperar; yo á perder la razón. ¡Cada

instante veía á tu abuela cayendo bajo los golpes del cuchillo de tu padre! ¡Cuanto miraba en casa, me parecía teñido con su sangre! ¡Lo que comía era el precio de su muerte!

—Lucía—dijo Antonio,—así que aparezca la luz del día, saldré del pueblo y procuraré olvidar de quién soy hijo.

—Y yo también—respondió la joven.—Si quieres llevarme contigo, te seguiré: no quiero dar el nombre de padre al asesino de nuestra abuela.

—Tú, Teresa—añadió Antonio,—vendrás con nosotros; Lucía y yo trabajaremos y nada te faltará.

—¡Ah! ¿Os vais?—preguntó Lorenza;—os vais todos, y me llevaréis, ¿verdad, hijos míos? ¡Bendito sea Dios!

Los dos hermanos mayores se miraron indecisos.

—¡Imposible!—dijo Antonio.

—¡Imposible!—repitió Lucía.

—¿Qué haríamos con nuestra madre, hallándose privada de la razón? ¿Cómo trabajaríamos?—prosiguió el hermano.

—¡Pero dejarla aquí!—murmuró Lucía:—¡la infeliz ha sufrido tanto!

—Su cabeza está trastornada... ya no sufre... Lucía, yo puedo encargarme de tu suerte y de la de Teresa; de la de nuestra madre no es posible... es demasiado gasto para quien, como yo, no cuenta ningún recurso, y demasiada responsabilidad

además: dejémosla aquí, y, si podemos algún día, volveremos á buscarla.

En tanto que los dos hermanos hablaban, la pobre loca había inclinado la cabeza sobre el pecho y balbuceaba una canción monotonamente; su razón, momentáneamente reanimada por el dolor de sus recuerdos, había vuelto á apagarse; sus ojos habían recobrado la expresión extraviada que antes se advertía en ellos, y sus facciones retrataban el salvaje idiotismo que de continuo las desfiguraba.

—Ya lo ves—dijo Antonio á su hermana:—es imposible llevarla.

—Es imposible,—repitió Lucía.

—Á la que no quiero dejar aquí—prosiguió el hermano,—es á Teresa. Lucía, tú has sido muy dura para esta pobre niña, y es preciso que en adelante la mires como á nuestra hermana: sólo á este precio te llevaré conmigo. Ve á disponerte, Teresita.

—No—respondió la niña con dulzura y tomando las manos de la loca:—yo no abandono á mi madre, ni puedo abandonar tampoco á mi padre.

—¿Qué dices?—exclamó Lucía.—¿No sabes ya quién es? ¿no sabes lo que ha hecho?

—Sólo sé que, al verse abandonado de vosotros dos, será muy desgraciado.

—¿No consideras el crimen que ha cometido?

—¿Pero acaso deja de ser mi padre?

—Acércate, Teresa—dijo el hermano mayor á la niña;—acércate y escucha.

La jorobadita obedeció.

—Mira—continuó Antonio:—aquí estás maltratada, trabajas sobre tus fuerzas, andas desnuda y hambrienta. Nuestro padre—¡horror me causa darle este nombre!—no te ama, pues que no ha procurado sacarte de tan triste estado. Sea efecto de que la memoria de su crimen le persigue, sea perversidad de su naturaleza, no se cuida nada más que de estar en la taberna donde la Braulia le va gastando la fortuna robada á nuestra abuela. Pues bien: esa mujer, esa Braulia, vendrá á esta casa así que nosotros hayamos salido de ella; mandará aquí, tomará el puesto de nuestra madre, te maltratará, llevarás una vida todavía más miserable que llevas ahora.

—¡Sí! — murmuró sordamente la loca:—¡la Braulia! Por dar dinero á esa mujer mató á mi madre: si ella viene á esta casa, hijos míos, os maltratará. ¡Vámonos, vámonos todos!

—Con nosotros—dijo Lucía dirigiéndose á su hermana,—nada te faltará; estarás bien vestida, verás tierras que no conoces... ¿Qué dices?

—¿Dejar á nuestros padres? ¿Dejar á mi padre solo y triste, á mi madre loca, por irme con vosotros que estáis buenos, que sois jóvenes y libres? ¡No! ¡Eso jamás!

—¿Pero qué harás aquí?

—Mi deber.

—Y vendrá la tabernera.

—Tendré paciencia.

—Y te pegará, y no te dará de comer, y te hará trabajar mucho.

—Ya estoy acostumbrada á todo eso—respondió Teresa con una sencillez que era para su hermana la más terrible acusación:—me quedo aquí.

—Un estorbo de menos: déjala—dijo Lucía.—Los dos haremos antes fortuna. Teresa, llévate á madre á su cuarto, que voy á prepararlo todo para nuestra marcha.

Lucía se acercó y echó los brazos al cuello de su madre. Una lágrima rodaba por sus mejillas.

Ella misma aproximó á la pobre loca á la cama de Antonio, que la abrazó también en silencio.

—Si algún día podemos, volveremos á buscarla,—dijo Lucía enjugando sus ojos.

Teresa salió con su madre, que se dejó conducir dócilmente sin interrumpir su melancólica canción.

La condujo á su camaranchón, la desnudó y la hizo acostar. Así que la vió dormida, bajó otra vez al cuarto de su hermano.

Este se hallaba ya vestido.

Lucía estaba reuniendo en un lío la ropa blanca de los dos y un traje para cada uno.

—Al fin, ¿os vais?—exclamó dolorosamente la pobre jorobada.

—Sí—respondió Antonio.—Decídetes y venid con nosotros. Nada echarás de menos á nuestro

lado. Lucía, desde hoy, será para tí lo que debe ser, porque el dolor es buen maestro y cura de todos los descuidos; además yo la obligaría á ello. Has de saber, Teresa, que la disputa que tuve con nuestro padre fué por tí.

—¡Por mí!—repitió la niña estupefacta y mirando á su hermano.

—Sí, por tí: le dije que quería ya verte, como debías estar, en la casa de tus padres y hermanos; que quería que nuestra hermana hiciera su deber: ya ves, pues, que no te faltará mi cariño ni mi protección. Vente conmigo.

—No—insistió la niña con firmeza y dulzura; —no quiero abandonar á nuestro padre desgraciado, á nuestra madre sin juicio: aquí me estaré con ellos, y rogaré á Dios que los haga dichosos.

—¿Es esa tu última decisión?

—Sí.

—Piénsalo bien.

—Ya lo tengo bien pensado.

—Adiós, pues; vámonos, Lucía.

La joven abrazó á Teresita, y ésta le dijo al oído:

—¿Y tu novio?

—Siento mucho dejarle—murmuró Lucía;—pero no quiero vivir aquí por más tiempo.

Teresa, al abrazar á Antonio, le dijo también al oído:

—¿Y tu novia?

—Quiero á toda costa dejar este pueblo,—contestó el interpelado.

Los dos hermanos partieron.

Ya apuntaba la luz del día.

Teresa se asomó á la ventana y les vió huir, sin volver los ojos á la casa maldita donde moraban el crimen y la locura.

La desgraciada niña sintió que con aquellos hermanos ingratos se iba el último rayo de luz y de alegría que había alumbrado su existencia; se echó á llorar y se dejó caer de rodillas, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas y valor!

Poco después, el nuevo día se levantaba detrás de los montes.